



EXPRESIONES ARTÍSTICAS
INDÍGENAS DEL MUSEO
DE CIENCIAS NATURALES
DE LA PLATA

Rodolfo Raffino



Fundación Museo de La Plata
"Francisco Pascasio Moreno"



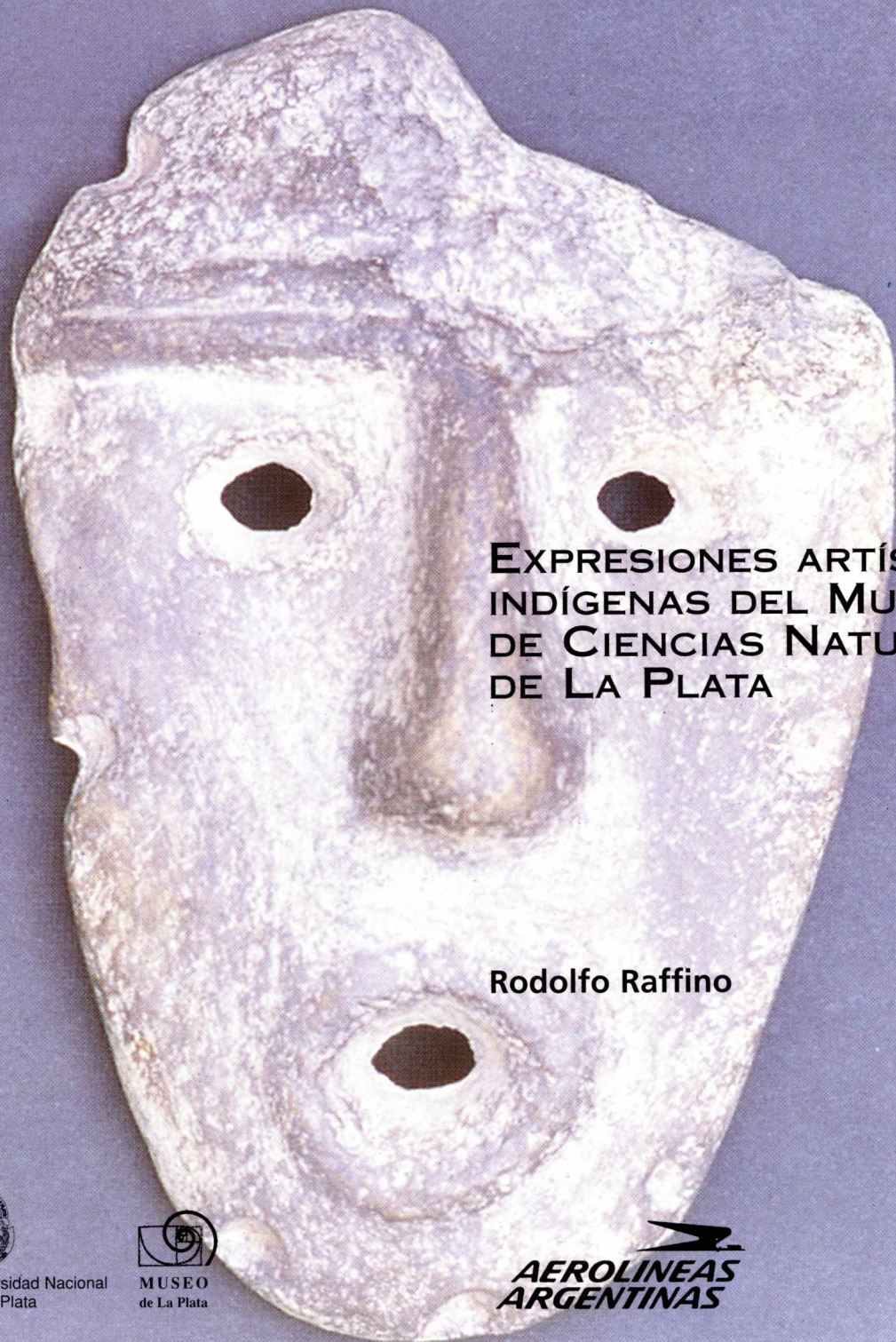
Universidad Nacional
de La Plata



MUSEO
de La Plata

Rodolfo Raffino

Doctor en Ciencias Naturales y Licenciado en Antropología con especialidad en Arqueología Andina. Es el director del Departamento Científico de Arqueología del Museo de La Plata, Investigador Principal del CONICET y catedrático en las Universidades Nacionales de Buenos Aires y de La Plata. Obtuvo en dos oportunidades el Premio Nacional de Arqueología Argentina de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (1976 y 1987). Es Miembro de Número de la Academia Nacional de La Historia. Ha publicado numerosos trabajos sobre la especialidad, entre los que se cuentan libros sobre Arqueología Inka y Urbanismo Indígena. Ha protagonizado más de 60 misiones arqueológicas al terreno y, en los años recientes, sus investigaciones son financiadas por National Geographic Society de Washington.



**EXPRESIONES ARTÍSTICAS
INDÍGENAS DEL MUSEO
DE CIENCIAS NATURALES
DE LA PLATA**

Rodolfo Raffino



Fundación Museo de La Plata
"Francisco Pascasio Moreno"



Universidad Nacional
de La Plata



MUSEO
de La Plata

**AEROLINEAS
ARGENTINAS**

A través de este catálogo, la Fundación Museo de La Plata presenta la descripción de los ámbitos culturales y las piezas artísticas originales que pertenecen a las colecciones del Museo y de las cuales se efectúan réplicas para su difusión más amplia. Estas piezas son realizadas en el taller del escultor Leo Vinci y se encuentran a la venta. Para adquirirlas debe completarse la solicitud de compra aclarando el número de la réplica (ej.: MPJ-6), extraído de la referencia correspondiente a la figura deseada.

Comité ejecutivo de la Fundación Museo de La Plata

Presidente: Conrado Ernesto Bauer	Tesorero: Juan María Manganiello
Vicepresidente 1º: Pedro Elbaum	Protesorero: Miguel Angel García Lombardi
Vicepresidente 2º: Mario Egidio Teruggi	Vocal 1º: Antonio A. Santos
Secretario: Héctor Fassano	Vocal 2º: Alejandro Larrechart

Comisión de Fiscalización

Nydia Norma Vázquez
Héctor Blanes
Hipólito Frangi

Coordinación de la publicación

Nelly M. de Pascual
Nelly Christmann

Traducción

Dra. Genoveva Dawson de Teruggi
Dr. Mario E. Teruggi

Diseño Gráfico

Alumnos de la carrera de Diseño Gráfico del ISCI (Instituto Superior de Ciencias - La Plata).
Mónica Fernández, Julián Mon, Mariela Moviglia, Gustavo Sesto, Beatriz Tettamanzi
Taller a cargo de Silvia Fernández

Diagramación y originales

María Julia Colombo

Fotografías

Carlos Yáñez

Fundación Museo de La Plata "Francisco Pascasio Moreno"
Sede: Museo de La Plata, Paseo del Bosque s/ n, (1900) La Plata
Publicación n° 12. Primera Edición. Diciembre 1994. La Plata. Argentina.
Impresión: Gráficas La Plata
Fotocromos y Películas: Offset Corrales

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la previa autorización escrita por parte de la Fundación Museo de La Plata.

Homenaje a Beatriz Martínez Salas de Hernández

Este Catálogo es resultado de la inspiración de la Sra. Beatriz Martínez Salas de Hernández, quien hasta su fallecimiento fue miembro destacado del Comité Ejecutivo de la Fundación. Entre otras iniciativas derivadas de su vocación por la Ciencia y el Arte, logró concretar su propuesta de reproducir las piezas artísticas descritas en esta publicación y que se cuentan entre los tesoros del Museo de La Plata.

Integrante del taller de Leo Vinci, fue mérito de la señora de Hernández vincular al reconocido escultor con la ejecución de tales réplicas.

La trascendencia de las esculturas originales quedó demostrada con la visita especial que el Premio Nobel Ilya Prigogine hizo en 1992 al Museo de La Plata con el propósito de admirar “Las suplicantes” y otras realizaciones de las culturas indígenas del Noroeste argentino.

La Fundación “Francisco Pascasio Moreno” deja aquí expresado su reconocimiento a la Sra. Beatriz Martínez Salas de Hernández y a su familia por su contribución para la concreción de este Catálogo. El agradecimiento a nuestra apreciada socia fundadora y sus familiares se hace además extensivo al escultor Leo Vinci, al Dr. Raffino y a todas las demás personas que con su dedicación hicieron posible esta obra.

La Plata, junio de 1994

**Comité Ejecutivo
Fundación Museo de La Plata “Francisco Pascasio Moreno”**

INTRODUCCIÓN

“... El estudio de la historia cultural de un país, nuestra historia Señor, no principia con la conquista europea. Desde los tiempos más remotos del período geológico moderno y probablemente en la época en que el suelo de la pampa alimentaba a los gigantescos mamíferos cuaternarios, el hombre autóctono lo poblaba ya...”

Discurso de Francisco Pascasio Moreno al Gobernador Carlos Casares en el acto de entrega de sus colecciones para la fundación del Museo de La Plata, noviembre 8 de 1877.

Como los grandes museos del mundo, el de La Plata apenas si logra exhibir una pequeña parte, la más relevante, del patrimonio científico y cultural en él depositado. Sería necesario muchísimo más espacio que el reservado en sus 22 salas, en sus casi seis mil metros cuadrados de exhibición, para exponer las inmensas colecciones biológicas, geológicas y culturales que atesora en sus depósitos.

Un cabal ejemplo de esta situación es el caso de las colecciones arqueológicas del Noroeste argentino. Se estima que están integradas por más de veinticinco mil ejemplares, de los cuales se encuentran expuestos al público una cantidad que oscila en los doscientos cincuenta, lo que significa apenas el uno por ciento de esta incomparable colección.

En otras áreas del Museo, como las de Paleontología, Botánica, Zoología y las restantes dedicadas a Etnografía, ocurre un fenómeno similar. Así se conforma una realidad que es natural en una institución que nació grande, de la mano de su creador, Francisco P. Moreno, y que continúa siéndolo transcurridos más de cien años desde su nacimiento.

De un modo similar, el catálogo que aquí ofrece La Fundación Museo de La Plata “Francisco Pascasio Moreno” es una exposición retaceada de expresiones originales amerindias. Está dedicado a ejemplares pertenecientes a culturas precolombinas del Noroeste de Argentina y coloniales de la Doctrina Jesuítico/ Guaraní de la Cuenca del Plata. Unas y otras componen una muestra de alta calificación, habida cuenta que han sido seleccionadas por poseer valores artísticos y culturales superlativos.

No obstante su parcialidad numérica, esta serie es una selección de calificados exponentes arqueológicos prehispánicos e históricos. Un conjunto de piezas únicas por su realización y, seguramente, irrepitibles por el contexto histórico y la época de su gestación. Los artistas anónimos que las crearon han desaparecido junto con las culturas que los albergaron hace ya centenares de años.

Las cicatrices de su existencia se encuentran diseminadas por el páramo del altiplano puneño de Argentina, o en las polvorientas entrañas de los valles y quebradas del Noroeste, o en las densas selvas tropicales del litoral mesopotámico de Argentina, de Paraguay y de Río Grande de Brasil.

Lo que pervive es aquello que sobrepasa la efímera liviandad de la vida del hombre en la tierra: su labor creativa, su cultura material, su patrimonio artístico más relevante.

Esta selección constituye por ello un reflejo fragmentado, pero a la vez significativo, de antiguos esplendores de otras épocas protagonizadas por hombres y sus obras. Los primeros se perdieron en el tiempo; las segundas sobrevivieron a sus propios creadores para testimoniar, a través de sus tallas en madera, pinturas, lozas de alfarería, fundiciones en metal y esculturas en piedra, libres o exentas, el nivel creativo de sus hacedores.

Figura 5. MPA-4 (nº 922)
Alto: 24.1 cm
Procedencia: sin datos exactos.
Colección: Moreno

**ARTE INDÍGENA PRECOLOMBINO DEL
NOROESTE ARGENTINO**



ARTE INDÍGENA PRECOLOMBINO DEL NOROESTE DE ARGENTINA: RESEÑA HISTÓRICA Y CULTURAL

El Noroeste de la República Argentina es una vasta región geográfica que abarca los actuales territorios andinos de las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja y San Juan. Dentro de ella se encuentra un universo de singular riqueza por su historia y su paisaje. En su seno se halla, además, el ámbito donde tuvieron lugar los más elevados desarrollos culturales y expresiones artísticas aborígenes precolombinas.

La historia cultural de esta región comienza unos diez mil años antes del presente, cuando las primeras bandas de cazadores o recolectores provenientes del Norte se asientan en ella. Por espacio de más de siete mil años estos hombres fueron capturando la fauna, flora y otros recursos naturales existentes. La forma de vida era nómada y se desarrollaba preferentemente en cuevas o abrigos de ocupación estacional.

La cultura material se basaba en herramientas hechas de piedra, hueso y madera. Se trataba de puntas de proyectil, raspadores, cuchillos e instrumentos para la molienda. Esos son los artefactos que más frecuentemente aparecen en los registros arqueológicos. Utilizaron también las fibras vegetales y pieles de animales para la confección de sus vestidos.

A lo largo de esa milenaria existencia como cazadores y recolectores, y a través de los más variados ambientes, estos hombres fueron acumulando una gran experiencia sobre el mundo vegetal y animal, aprendiendo a conocer las plantas, los frutos comestibles y las migraciones de la fauna. En un principio debieron escoger los ambientes ricos en recursos, como los valles de altura media (de unos dos mil metros de altitud), así como las lagunas y salares del altiplano puneño del extremo boreal argentino.

Tal vez en forma inconsciente fueron reconociendo las aptitudes de ciertas plantas y animales, iniciando un proceso de selección que, lentamente, los condujo al fenómeno de la domesticación. Esta corriente evolutiva los llevó al desarrollo de la agricultura y al sedentarismo. En esta parte del mundo los indicios

de la existencia de plantas cultivadas aparecen unos dos milenios antes de la era cristiana, lo que significa más de tres mil quinientos años antes de la llegada de los españoles.

En los albores de la era cristiana, los valles del Noroeste argentino fueron el escenario de la instalación de las primeras culturas indígenas, con formas de vida sedentarias y economías agrícolas. Grupos compuestos por no más de un par de cientos de personas, organizados en tribus y, seguramente, emparentados por lazos de sangre, comenzaron a vivir en pequeñas aldeas construidas con paredes de piedra y barro. La más antigua de estas poblaciones, conocida como Las Cuevas, fue hallada en la Quebrada del Toro, actual Provincia de Salta, y posee una datación por carbono 14 que sitúa su fundación en el año 535 a.C.

Aunque no desdeñaban las prácticas de caza de pequeños mamíferos, reptiles y aves, o de la recolección de frutos y semillas, la economía de estos grupos era esencialmente productiva. Estaba basada en la agricultura del maíz, de la papa, el zapallo, la calabaza y los porotos. Estos eran sus principales cultivos entre más de un centenar de especies originarias del Nuevo Mundo. También practicaron con singular éxito la ganadería de altura, luego de la domesticación de los camélidos andinos, como la llama y la alpaca.

Estos episodios culturales, caracterizados por el sedentarismo y la agricultura-ganadería, aparecen en el Noroeste argentino unos dos mil años antes del viaje de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo. Un momento prehistórico conocido como Período Formativo o Neolítico americano, que tiene sus inicios aproximadamente en el año 550 a. C.

Desde esos tiempos y hasta mediados del siglo XVI, las sociedades indígenas lograrán un notable crecimiento en todos los órdenes de la cultura y en sus índices demográficos. Cambiarán o ampliarán sus asentamientos, complementarán su ideología religiosa y organización social, acrecentarán sus territorios y recursos económicos. A la par, competirán y cooperarán entre sí

por mejores horizontes.

Todos estos fenómenos, productos de la inventiva del aborigen para mejorar su forma de vida, generarán un proceso de desarrollo cultural complejo y cambiante, que la arqueología ha dividido en etapas y períodos (Cuadro I).

Para los tiempos de su descubrimiento por el capitán español Diego de Almagro, en 1535 d. C., se estima que el Noroeste de Argentina estaba habitado por entre 300.000 a 500.000 naturales. La mayor parte de ellos había desarrollado un modo de vida urbano, agrupados en poblaciones formadas por centenares de viviendas, que podían albergar hasta un puñado de miles de habitantes.

Un conjunto de ruinas de singular cualidad son el reflejo inerte de esa realidad cultural y han sido, en diferentes oportunidades, investigadas por las ciencias arqueológicas. Las más conocidas y, a la sazón, las más grandes, son las de Tastil y Morohuasi en la Quebrada del Toro; Rinconada, La Alumbra y Doncellas en la Puna; Tilcara, La Huerta, Yacoraité, Volcán y Los Amarillos en la Quebrada de Humahuaca.

En los valles calchaquíes de Salta, Tucumán y Catamarca sobresalen La Paya, El Churcal, Quilmes, Tolombón, Fuerte Quemado, Rincón Chico, Shiquimil, Jujuil, Famabalasto y La Calera. Un poco más al Sur, en el catamarqueño Valle de Hualfin, se levantan las de Asampay, Pozo Verde y Corral Quemado.

Algunas de estas poblaciones mencionadas fueron verdaderas "capitales" regionales: conglomerados humanos estructurados socialmente en "cacicazgos" o "jefaturas", con jefes o señores, llamados usualmente caciques, que se transmitían el mando por herencia de sangre de una generación a otra. Eran sociedades organizadas con linajes o grupos de parentesco privilegiados en torno a la figura del cacique. También había sacerdotes o shamanes encargados del culto religioso y artesanos especializados. Así lo demuestra la iconografía de los diseños decorativos y el particular refinamiento en las técnicas de elaboración de la alfa-

tería; de los textiles sobre fibras vegetales y animales; de la metalurgia del oro, la plata y el bronce; de la cestería y los trabajos escultóricos en piedra (lapidaria) y madera.

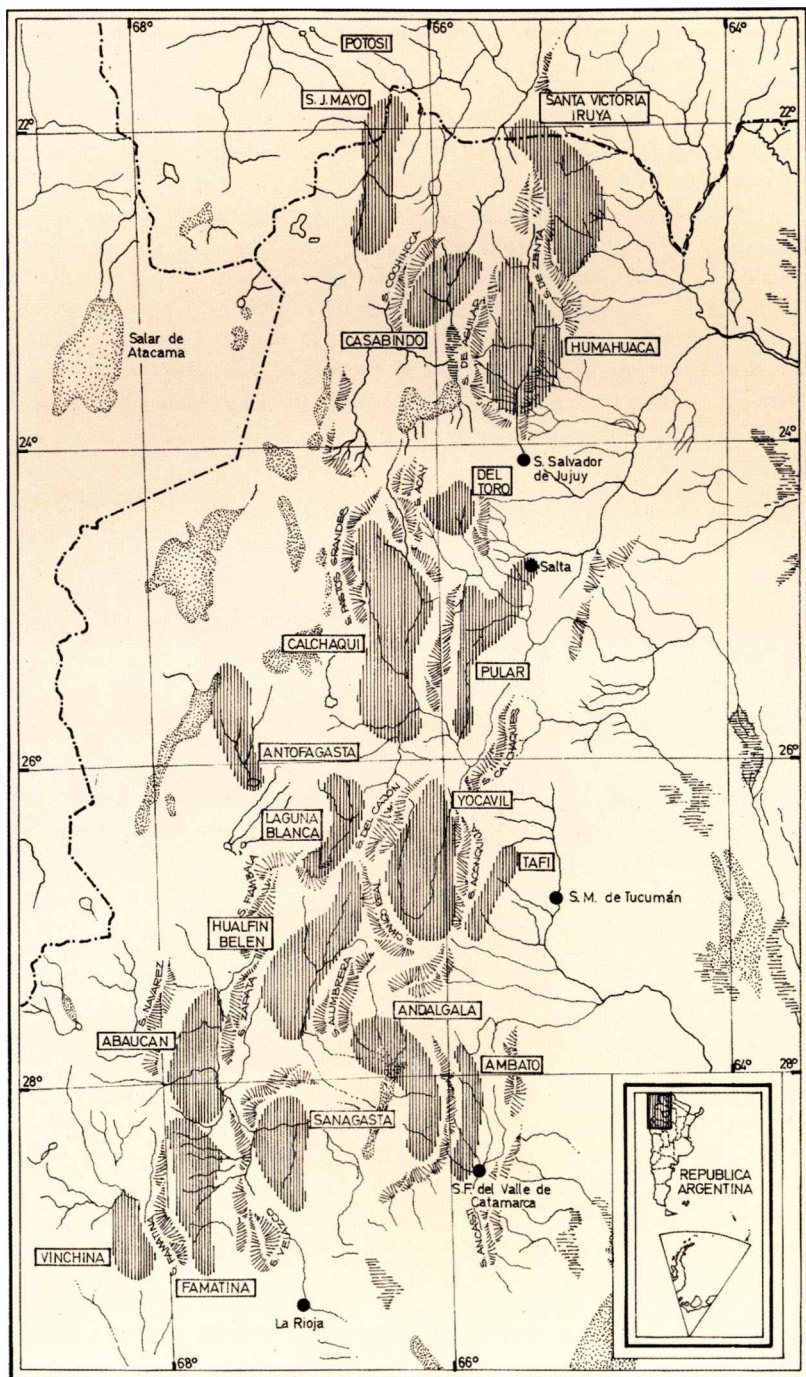
Es probable que la base de la pirámide social de estas comunidades indígenas estuviera compuesta por un importante caudal de población activa, que se encargaba de las labores agrícolas, del pastoreo de llamas y alpacas, así como del transporte de bienes y recursos desde los lugares de producción hasta los de consumo.

También existían artesanos encargados de elaborar artefactos, a la par de "técnicos" destinados a realizar obras hidráulicas -como canales y represas-, a construir guarniciones defensivas provistas de arquitectura militar -como los legendarios Pukará- y campos agrícolas aterrizados, con andenes para nivelar las asperezas de la montaña andina.

A su dominio pertenecen innumerables obras arquitectónicas destinadas a uso público -plazas, calles, santuarios y cementerios- o privado -las propias residencias de habitación-. No pocas evidencias rescatadas por la Arqueología ofrecen una base racional explicativa para recomponer, a grandes rasgos, este panorama previo a la invasión europea del siglo XVI.

La Corona de España tuvo serios inconvenientes para lograr la conquista de estos pueblos. Por más de 120 años, el Noroeste argentino fue escenario de rebeliones y luchas, aún cuando el resultado era previsible por el mayor poderío militar del conquistador -los caballos, las armas de fuego, las armaduras y una organización bélica más refinada- que volcó los resultados en favor de los europeos y quebró la tradición cultural indígena.

Además de estas dificultades, la civilización europea tuvo innumerables problemas para adaptar una forma de vida visiblemente horizontal o de llanura, al paisaje montañoso americano. Dentro de la geografía de Europa las grandes concentraciones humanas estaban en las ciudades portuarias, construidas a la orilla de mares como el Mediterráneo. (Barcelona, Roma, Nápoles,



Mapa 1
Regiones arqueológicas del
Noroeste argentino

Venecia, Marsella o Génova); o a la vera de ríos de llanura, como el Támesis (Londres), el Guadalquivir (Sevilla), el Danubio (Viena) o el Sena (París).

Durante más de un siglo sus intentos por adaptarse a las asperezas de la Cordillera de los Andes o a las mesetas guatemaltecas y mejicanas estuvieron signados por el uso de las armas en lugar de la persuasión. En no pocos casos solamente produjeron la destrucción en las capitales preexistentes, como la Tenochtitlán de los Aztecas o el Cuzco Inka, por citar los casos más célebres.

Para esos tiempos, muchas de las viejas instalaciones indígenas del Noroeste de Argentina, construidas varios siglos atrás en las asperezas de la montaña, fueron despobladas por la fuerza y sus habitantes desarraigados hacia zonas bajas, allí donde la Corte de España había ordenado la fundación de sus ciudades.

Es indudable que para la Europa renacentista no había lugar para la vida de montaña. Sus principales cordilleras, como los Alpes, los Apeninos o los Pirineos cantábricos, eran un mundo casi despoblado, un páramo marginal ocupado por unos pocos grupos de pastores montañoses.

Por esa razón la adaptación al paisaje del Nuevo Mundo no fue sencilla. Algo similar aconteció con sus principales animales domésticos (equinos y bovinos) y sus cultivos como el trigo y la cebada, los cuales requirieron un largo período de adaptación a las alturas americanas.

Existen por tanto dos grandes etapas en la historia cultural del Nuevo Mundo: una anterior y otra posterior al desembarco de Europa. De ellas, la que nos interesa es la primera, caracterizada por la existencia, en el Noroeste de Argentina, de pueblos aborígenes de vida urbana. Estos actuaban de acuerdo con sus códigos sociales y políticos, cooperaban entre sí para realizar labores comunales (trabajos denominados “Minga” en idioma quechua), poseían rutas de comercio planificadas para trueque de sus productos en tiempos de paz, senderos éstos que eran transi-

tados por caravanas que comunicaban pueblos distanciados por centenares de kilómetros, desde los bosques orientales del Gran Chaco Gualamba hasta el Océano Pacífico.

Eran pueblos que buscaban relaciones pacíficas entre sí, formalizando alianzas intertribales mediante casamientos cruzados. O que, como acontecía en otras regiones del mundo, se hacían la guerra en casos de competencia por nuevos territorios y recursos naturales o, simplemente, por disputas producidas por las diferencias sociales y religiosas entre unos y otros.

En definitiva y por si hace falta aclarar, estas sociedades indígenas eran las dueñas naturales de los valles, las quebradas, los ríos, los salares y lagunas, también de los bosques, las pasturas y sementeras de las montañas andinas. Eran, obviamente, territorios desconocidos para la corona española, pero que estaban tan densamente poblados como las provincias de Castilla, Andalucía o Extremadura de los tiempos de los Reyes Católicos.

MARCO GEOGRÁFICO, CRONOLOGÍA Y CULTURA

El panorama cultural referido en el punto anterior se presentaba particularmente en los valles y quebradas de las serranías del Noroeste argentino, en territorios considerados como verdaderas “mecas” de la arqueología sudamericana. Entre muchos, vale la pena mencionar a los oasis de Casabindo, Doncellas, San Juan Mayo, Antofagasta de la Sierra y Laguna Blanca en el altiplano puneño de Jujuy, Salta y Catamarca.

Otros escenarios propicios fueron las altas quebradas de Humahuaca, del Toro, Santa Victoria, Iruya y Vallegrande, en la sección oriental de Salta y Jujuy, tanto como los célebres valles Calchaquíes (Yocavíl, Calchaquí, Lerma y del Cajón) de Salta, Tucumán y Catamarca, los bolsones valliserranos de Pipanaco, Ambato, Hualfín, Abaucán, Famatina, Vinchina y Jachal en Catamarca, La Rioja y San Juan; con menor intensidad, se presentaba también en los llanos riojanos y en el poniente de las provincias de Chaco y Santiago del Estero.

Dentro de la literatura histórica de la época colonial, aquella que es recogida y escrita por los primeros sacerdotes, soldados y funcionarios de la corona española que habitaron el Noroeste argentino, aparecen los nombres de “Atacameños”, “Omaguacas”, “Pulares”, “Calchaquíes” y “Diaguitas”. Estas son algunas de las principales naciones indígenas que halló la invasión y conquista europea del territorio argentino, a mediados del siglo XVI.

Al ser captados por los informes de los cronistas europeos, estos pueblos sin escritura pasaron a ser los grandes referentes de la realidad indígena: las últimas expresiones culturales autóctonas que, a su vez, se habían implantado sobre otros que los precedieron en el tiempo, aquellos cuyos nombres se han perdido, pero persiste su cultura material y sus ruinas. Le corresponde entonces a las ciencias arqueológicas su estudio y rescate del olvido.

Unos y otros, conocidos o ignotos, anteriores o coetáneos con los tiempos de Colón, estudiados y recompuestos por la historia o por la arqueología, ellos conforman toda una tradición

cultural prehispánica. Esas sociedades fueron artífices de obras provistas de singular belleza artística, de una notable concepción y lenguaje expresivo.

Este catálogo ofrece una selecta muestra de esas manifestaciones artísticas a través de reproducciones fidedignas, un puñado de expresiones únicas, plasmadas en piedra, metales, cerámica y madera, que pueden ser ordenadas en el espacio, de acuerdo a la geografía donde fueron halladas; en el tiempo, según el período que se les asigna y, en no pocos casos, atribuidas a la cultura, al sitio o al estilo al cual pertenecieron.

El Cuadro I es un sintético esquema cronológico, con puntual referencia al tema, ilustra ese ordenamiento dividido en períodos: Prececerámico o Paleoindio (6000 a.C.), Formativo Inferior o Período Temprano (550 d.C.), Desarrollos Regionales o Período Tardío (900 d.C.), Inka o Imperial (1470 d.C.), Hispano/Indígena (1535 d.C.) y Colonial (1660 d.C.).

EDAD

PERÍODO

REGIÓN

CULTURA/ ESTILO/ SITIO

1660

COLONIAL

NOROESTE ARG.
PARAGUAY
RÍO GRANDE (BRA)JESUÍTICA/
GUARANÍ

1535

HISPANO-
INDÍGENA

NOROESTE

CASPINCHANGO

1470

INKA

NOROESTE

INKA

900

DESARROLLO
REGIONALNOROESTE
Sgo. Estero
Puna
Del Toro
Humahuaca
Calchaquí
Hualfín/ Belén/ Famatina
Vinchina/ AndalgaláAVERÍAS
CASABINDO
TASTIL
HUMAHUACA
YOKAVIL (STA. MARÍA)
HUALFÍN
SANAGASTA

500

FORMATIVO
SUPERIORNOROESTE
Sgo. Estero/ Andalgalá
Ambato/ Hualfín/ Abaucán
Sanagasta/ Famatina/ Vinchina
Cpo. Pukará
Hualfín
Abaucán/ HualfínSUNCHITUYOC
AMBATO
LA AGUADA
EL ALAMITO
CONDORHUASI
LA CIÉNAGA

0

-550

FORMATIVO
INFERIORNOROESTE
Pular
Tafí
Abaucán
Del ToroCANDELARIA/S.FRANCISCO
TAFÍ
SAUJÍL
LAS CUEVAS/ CO.
EL DIQUE

-6000

PRECERÁMICO

AYAMPITÍN

EL ARTE LAPIDARIO

Las técnicas escultóricas en piedra aparecen tempranamente en el Noroeste argentino. Las primeras piezas se remontan al Período Formativo Inferior y tendrán un desarrollo muy importante sobre finales del mismo y en parte del período siguiente. Esto significa un tiempo extendido aproximadamente entre los siglos IV y VII de la era cristiana. Las entidades culturales que realizaron estas expresiones son las de La Ciénaga, Condorhuasi, El Alamito y La Aguada o Draconiano.

Entre las esculturas en bulto, también llamadas piezas escultóricas libres o exentas (A. González, 1977), las expresiones más complejas y calificadas de arte lapidario precolombino son los famosos “suplicantes” de piedra. Esta denominación le ha sido impuesta por el acervo popular, ante la pérdida, hace más de mil quinientos años, del que fuera su nombre real.

La Figura 1 corresponde a uno de los especímenes más complejos y de mayor elaboración abstracta de toda la obra escultórica indoamericana, el artista que lo realizó perteneció seguramente a la cultura El Alamito, lo cual lo ubica a finales del Período Formativo Inferior.

La pieza, de carácter humano aunque con ciertos elementos zoomorfos, posee un nivel de abstracción, un manejo de los espacios vacíos dentro del volumen del cuerpo -apenas insinuado- y una simetría tal, que debe ser ubicada en un nivel superlativo dentro del arte escultórico indígena.

Llama poderosamente la atención la capacidad creativa del indio que la realizó. Su imaginación compuso una pieza en parte irreal, casi fantástica, del cuerpo y las extremidades, con una síntesis más realista de los atributos anatómicos que se desearon destacar como el gesto con la boca abierta, los ojos desorbitados mirando hacia arriba en una actitud ceremoniosa -quizás de estupor- acompañados por una nariz aguda, a modo de pico; así como la representación de su masculinidad, claramente plasmada entre dos piernas que unen la cabeza con la pelvis.

Poco sabemos del simbolismo que encierra este formidable ejemplar, aunque no erraremos en buscar -tanto para éste, como

para los restantes aquí reproducidos- una explicación de su existencia vinculada con los aspectos mágico-religiosos de la cultura a la cual pertenecieron.



Figura 1. MPA-1 (n° 5920)
"El suplicante"
Alto: 30 cm
Ancho: 15 cm
Peso: 3,3 kg.
Procedencia: región de Balcozna,
Depto. de Paclín, Catamarca

En la Figura 2 se reproduce otro ejemplar de los llamados “suplicantes”. Pertenecen a la Colección Moreno y carece de procedencia, aunque por el estilo de su ejecución debe ser también atribuido a la cultura de El Alamito, del Período Formativo Inferior.

La pieza representa una imagen femenina en estado de gravidez. Nuevamente su rostro es esquematizado, con ojos desorbitados y la nariz saliente, evidencia la curiosa combinación de elementos humanos y zoomorfos.



Figura 2. MPA-3 (n° 2070)
“Suplicante”
Alto: 29,3 cm
Ancho: 14,8 cm



Figura 3. MPA-5 (n° 1928)
Alto: 32 cm
Procedencia: Catamarca
Colección: Moreno

El cuerpo ha sido plasmado con suaves curvas que encierran espacios vacíos. Se han destacado sus extremidades superiores, el vientre abultado por la gravidez y las piernas. Estas últimas configuran la base de la pieza y son los únicos elementos que parecen quebrar la armonía curvilínea del ejemplar. La Figura 3 reproduce otro espécimen de “suplicante”. La imagen general del rostro de esta estupenda pieza es similar a la anterior. Es en el resto de la misma donde se advierten claras diferencias entre una y otra. La existencia de un cuerpo más estrecho, sin el abultamiento abdominal del anterior, quizás indique que se trata de un personaje masculino.



Figura 4. MPA-23
Alto: 14 cm
Ancho: 6,5 cm
Procedencia: sin datos exactos

Las extremidades inferiores y superiores ofrecen ángulos más rectos en los cambios de dirección, reemplazando la curvilínea resolución de la pieza femenina.

El ejemplar reproducido en la Figura 5 es una representación antropomorfa que se acerca también a la concepción general de los suplicantes.

Finaliza la serie de suplicantes un ejemplar hallado en Andalgalá, Catamarca, a fines del pasado siglo (Figura 6). Aunque menos estilizado que los anteriores se advierten en él, rasgos generales de los suplicantes. Su peculiaridad es un rostro francamente asignado a las características de un ave.



Figura 5. MPA-4 (n° 922)
Alto: 24,1 cm
Procedencia: sin datos exactos.
Colección: Moreno



Figura 6. MPA-2 (n° 6188)
Alto: 22,5 cm
Ancho: 15,1 cm
Procedencia: Andalgalá, Catamarca.
Colección: Schmidt

Otros ejemplares de factura excepcional pertenecientes a este período son las máscaras de piedra, como la reproducida en la Figura 7. Se trata de un expresivo rostro antropomorfo -quizás una máscara mortuoria- sobre el que se han practicado varios orificios radiales para su suspensión. La Figura 8 es una máscara de notable factura: los rasgos del rostro están sintetizados en dos cejas y una nariz prominente. Presenta la frente huidiza, los ojos circulares y tiene la boca entreabierta.



Figura 7. MPA-8 (n° 4181)
Alto: 17 cm
Ancho: 11.30 cm
Procedencia: Andalgala,
Catamarca.
Colección: Lafone Quevedo



Figura 8. MPA-9 (n° 4181)
Alto: 21.2 cm
Ancho: 4 cm
Procedencia: Andalgala,
Catamarca.
Colección: Lafone Quevedo.

La Figura 9 es de carácter zoomorfo, un batracio.



Figura 9. MPA-7 (n° 6184)
Alto: 24.2 cm
Ancho: 16.5 cm
Espesor: 4 cm
Procedencia: Andalgala,
Catamarca.
Colección: Schmidt

El vaso expuesto en la Figura 10 es un estupendo recipiente de forma cilíndrica llamado "kero". En él se advierte la imagen del tigrillo o yaguareté con su cuerpo salpicado de manchas y sus fauces abiertas. Sobre el lado opuesto aparece un conjunto geométrico de serpientes con cabezas triangulares. En síntesis, esta pieza brinda los motivos zoomorfos más clásicos de la iconografía amerindia.



Figura 10. MPA-6 (n° 12490)
"Kero"
Alto: 12cm
Ancho: 13 cm
Procedencia: Yacontulá, Catamarca
Colección: Muñiz Barreto

La pequeña escultura de piedra de la Figura 12 es una pieza que combina rasgos humanos y zoomorfos. Tiene sus piernas recogidas y sus brazos recostados contra el pecho.

Los ejemplares de las Figuras 13 y 15 son dos recipientes/ morteros. El primero (Fig. 13) realza la imagen de un felino con sus fauces abiertas en uno de sus laterales. En el borde opuesto aparece un rostro antropomorfo diseñado en forma geométrica.



Figura 11. MPA-24
Alto: 11 cm
Ancho: 10 cm
Peso: 800 gr
Procedencia: Andalgalá,
Catamarca



Figura 12. MPA-22 (n° 4190)
Procedencia: región del
Aconquija
Colección: Lafone Quevedo

La pieza restante es otro mortero/ recipiente con una imagen antropomorfa en uno de sus laterales.

Una excepcional pieza de arte lapidario corresponde a la Figura 16: un recipiente o mortero con dos imágenes esculpidas en sus extremos. Una felínica y otra, opuesta, de caracteres humano/ felínicos. Deben advertirse las fauces abiertas y la representación de un rostro humano en la parte superior de la más grande. La pieza está sostenida con cuatro patas donde se advierten caracteres zoomorfos.



Figura 13. MPA-11 (n° 2079)
Alto: 28.5 cm
Ancho: 22cm
Colección: Moreno



Figura 14. MPA-10
Alto: 15 cm
Ancho: 34cm
Colección: Moreno



Figura 15. MPA-21 (n° 2072)
Largo: 17.50 cm
Ancho: 10 cm
Colección: Moreno

Figura 16. MPA-25 (n° 1028)
Alto: 25.4 cm
Largo: 49.6 cm
Procedencia: región Calchaqui
Colección: Moreno

METALURGIA

Los pueblos indígenas del Noroeste argentino, fueron dueños de una rica tradición cultural en las técnicas de elaboración de artefactos sobre metales preciosos y semipreciosos. Esta tradición se extiende por gran parte de la región andina, desde el Lago Titicaca hasta la Araucanía y Norte de la Patagonia.

Los primeros utensilios de metal aparecen en los tiempos formativos, en los prolegómenos de la era cristiana, y fueron confeccionados en cobre, oro y galena. Se trata de adornos corporales, como pequeños anillos, espejos y brazaletes. Algunas de las realizaciones más frecuentes son pequeñas placas de forma circular, triangular u oval (llamadas cajjiles). Estas piezas se vinculan con el simbolismo religioso. Fueron elaboradas en frío, por la técnica del martillado, a partir de metales obtenidos en estado natural.

Promediando el siglo V de la era cristiana se produce una notable invención en las técnicas metalúrgicas: la aleación de metales de cobre con estaño o arsénico para producir artefactos de bronce por fundición.

Los procesos metalúrgicos por fundición fueron esencialmente dos. Uno, mediante la confección de moldes de arcilla en pares (bivalvos). En ellos se confeccionaba el negativo de la pieza que se deseaba reproducir. El metal fundido era vaciado en el interior del molde, quedando la impronta, en positivo, en la pieza.

La otra técnica fue llamada de la “cera perdida”, por la cual se realizaba la pieza en un modelo de cera. Este modelo se encerraba entre dos placas de arcilla y se vaciaba sobre él la colada de metal fundido.

Al promediar el siglo X de la era cristiana, durante el Período de Desarrollos Regionales, la metalurgia del bronce había alcanzado un gran desarrollo. Los artefactos que se elaboraban eran campanas, hachas, discos circulares u ovales, con rostros o personajes humanos completos e imágenes zoomorfas. También confeccionaron vinchas o tiaras, cuchillos (tumis), pinzas de depilar, tensores y todo un bagaje de ejemplares usados como adornos corporales, fundamentalmente en las ceremonias religiosas. En el último caso, los personajes más simbólicos representados fueron los dioses solares o celestes, como Viracocha y Punchao .



Figura 17. MPA-17
Diámetro: 37,5 cm
Espesor: 1 cm
Procedencia: Laconte, Catamarca
Material: bronce



El disco circular de la Figura 17 corresponde precisamente a esa época. Probablemente representa el rostro de un personaje humano que ha sido sacrificado mediante el cercenamiento de su cabeza. En la Figura 18 se reproduce un estupendo ejemplar de hacha insignia ("toki"). Está decorada en ambas caras y su iconografía se vincula también con elementos rituales. En la parte superior aparecen rostros humanos que representan, quizás, una cabeza cercenada; sobre un lateral, el esbozo de una figura fantástica de felino con sus fauces abiertas. El mango está decorado con diseños geométricos y en su extremo inferior tiene un agujero de suspensión, destinado seguramente para colgar el hacha. Por su estilo debe ser ubicada en el Período de Desarrollos Regionales. Con la invasión y dominio Inka del Noroeste argentino (1470-1535) la mayoría de los artefactos elaborados en bronce dejan de ser usados como elementos rituales y adornos, para convertirse en armas de guerra. El Imperio Tawantinsuyu introduce el uso de

armas elaboradas en aleación de este metal. Así surgen las hachas con mango, las macanas, los cuchillos, las masas estrelladas y las hachas en forma de "T".



Figura 18. MPA-19 (n° 866)

"Toki"

Alto: 41.4 cm

Ancho: 26.4 cm

Espesor: 1 cm

Procedencia: Sañogasta,
La Rioja

Colección: Moreno



Figura 17. MPA-17
Diámetro: 37.5 cm
Espesor: 1 cm
Procedencia: Laconite, Catamarca
Material: bronce

ALFARERÍA

Por su universalidad, la cerámica arqueológica es uno de los indicadores más utilizados para identificar y clasificar culturalmente los pueblos sin escritura. Una gran porción de la investigación científica sobre pueblos prehistóricos del planeta se apoya, fundamentalmente, en el estudio de los estilos cerámicos arqueológicos.

El continente americano no escapa a esta situación, habida cuenta de la presencia de alfarerías indígenas en la mayor parte de su territorio. Esta presencia se produce por lo menos unos tres mil años antes de la era cristiana y sobrevive hasta los tiempos coloniales y aún actuales.

La cerámica del Noroeste argentino nace con posterioridad al desarrollo de la textilería y la cestería -ambas ubicadas ya desde tiempos paleoindios o precerámicos- (Cuadro I). Su aparición dentro de los registros arqueológicos se produce aproximadamente en el siglo V o VI a.C. y permite caracterizar un nuevo período en la historia de la cultura indígena, el llamado Formativo o Temprano.

Dentro de la casi infinita gama de piezas de alfarerías arqueológicas atesoradas en las colecciones del Museo de La Plata, se ofrecen aquí una selección de figulinas humanas, llamadas *coroplásticas*, pertenecientes a la Colección Lafone Quevedo.

Podrá advertirse en las Figuras 19, 20 y 21 un estilo definido: la representación de la totalidad de la figura con una notable concepción plástica. Es visible, además, la recurrencia de ojos rasgados; las cejas unidas, levemente curvas; la boca entreabierta mostrando los dientes en dos de ellas, o apenas insinuada en la tercera.

Las imágenes, visiblemente humanas, pueden estar de pie o arrodilladas; sus brazos, dispuestos en jarra o recostados sobre el pecho y sus manos, a veces apenas insinuadas. No están ausentes en ellas los adornos faciales como pares de líneas rítmicas y quebradas -¿lágrimas?- desprendiéndose de los ojos.

Tampoco faltan los tocados en la frente o el peinado. O la

perforación de las orejas. Una de ellas conserva, además, una capa de pintura rojiza en su cuerpo.

Es difícil discernir sobre el significado de estas enigmáticas figulinas. Quizás fueron usadas como amuletos por los shamanes encargados de extraer los males del cuerpo de los enfermos. Así lo sugieren ritos practicados hoy día por pueblos etnográficos. O tal vez encierren tras de sí algún lejano culto propiciatorio a la fertilidad agraria de la tierra.

Su presencia en el registro arqueológico del Noroeste argentino se remonta a finales del Período Formativo Inferior y el Superior. Dentro de esos tiempos le corresponde a la cultura de La Aguada, de los valles de La Rioja y Catamarca, el mayor y más calificado caudal de figulinas coroplásticas.

Figura 19. MPA-12 (n° 1893)
Colección: Lafone Quevedo



Figura 20. MPA-13 (n° 5021)
Colección: Lafone Quevedo



Figura 21. MPA-14 (n° 5030)
Colección: Lafone Quevedo



Figura 26. MPJ-7
"Campana de San Sebastián"
Alto: 18 cm
Ancho: 15 cm
Peso: 1.5 kg.
Material: madera

EL MUNDO JESUÍTICO/GUARANÍ



EL MUNDO JESUÍTICO / GUARANÍ: EL ENCUENTRO DE DOS CULTURAS

Al promediar el año mil quinientos cuarenta, la “Compañía de Jesús” era aprobada por el Papa Paulo IV como Orden religiosa. Con ello se oficializaba una doctrina fundada siete años antes por Ignacio Loyola. Nueve años más tarde los jesuitas iniciaban su labor misionera en Sudáfrica, Portugal, Brasil y en La Florida norteamericana, esta última por entonces dominada por los hugonotes franceses.

El arribo al Perú de los primeros misioneros de “La Compañía” se produjo en 1567 y, desde allí, se irradiaron con prontitud hacia el Norte, por los actuales territorios de Ecuador y Colombia. En su ruta meridional penetraron por Bolivia, Argentina y Chile. Otra corriente llegó también a la meseta central de México en 1572 y, poco después, ascendieron a Sonora, Sinaloa y Baja California (J.C. Zuretti, 1988).

Su llegada al territorio argentino se produjo en la década del mil quinientos ochenta. Los primeros en entrar lo hicieron desde Potosí en 1585, fueron los clérigos Francisco Angulo, Juan Villegas y Alonso de Barzana o Bárcena. Este último fue capellán de las tropas de Ramírez de Velazco en las campañas contra los indios calchaquíes en 1588. De modo que conoció muy bien la región y al indio.

Barzana era un cura políglota que dominaba el Keshua, al Aymara, el Tonocoté, el Sanavirón y el Cacán (las tres últimas lenguas correspondían a parcialidades del Noroeste argentino). A su pluma se deben una famosa carta, escrita en 1594, al concluir su labor misionera en el antiguo Tucumán, con sus vivencias de los indios Pularés, Calchaquíes y Diaguitas. También compuso dos obras lingüísticas, las artes y vocabularios del Tonocoté y el Cacán.

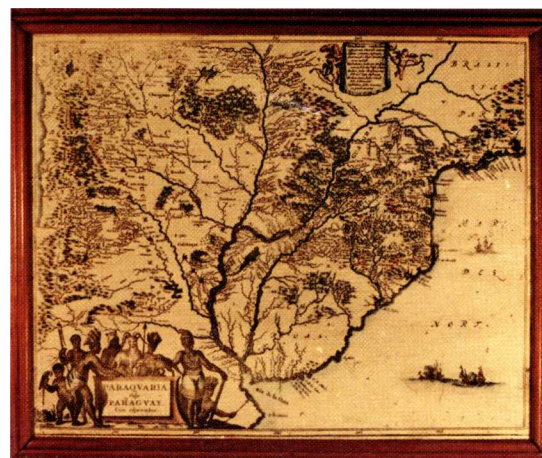
Junto a otras órdenes, los jesuitas de la Compañía comenzaron la evangelización de los indios del antiguo Tucumán. Entre otras regiones recorrieron y se asentaron en los valles Calchaquíes (Yocavíl, Lerma y Calchaquí). Por entonces esas comarcas ya habían sido escenario de varias experiencias frustradas de fundaciones españolas y de, por lo menos, una rebelión indígena comandada por el cacique Juan Calchaquí. Varias misiones ubicadas entre San Carlos y Santa María de Yocavíl fueron incendiadas y no pocos misioneros muer-

tos en el lapso comprendido entre 1580 y 1660.

Durante ese período, los jesuitas fueron testigos oculares de los sucesos beligerantes de otros dos grandes alzamientos “Diaguitas”, el de 1630 y el de la década del mil seiscientos cincuenta. Durante los mismos, y en los tiempos de paz intermedios, los misioneros compusieron una inmejorable documentación, plasmada en sus célebres “Cartas Anuas de La Compañía de Jesús”. En ellas ofrecen valiosos testimonios históricos y etnográficos de la realidad indígena del Noroeste.

A su autoría les corresponden también los primeros mapas regionales, compuestos a principios del siglo XVI, entre ellos los de los padres Diego de Torres (1609) y Luis Enot (1622), con los accidentes geográficos del Río de La Plata, Tucumán y Paraguay. En ellos se halla la ubicación de centenares de parcialidades indígenas, por lo que su valor histórico y geográfico es superlativo.

El arribo de los jesuitas al Paraguay, Brasil y Noroeste de Argentina se produjo con posterioridad al de los franciscanos sucedido en 1574. De acuerdo con el Adelantado Hernandarias, el Provincial Diego de Torres programó reducciones indígenas en tres regiones diferentes:



Mapa 2
Dibujado a principios del s. XVI

1. En los territorios guaraníes de Paraná.
2. A orillas del Río Pilcomayo, cerca de Asunción y en pleno territorio Guaycurú.
3. En la zona de El Guayrá del Noroeste Paraguayo.

Este fue el primer implante jesuítico en una región de la que fueron protagonistas excluyentes. Su dominio se extendió hasta su expulsión de América, a mediados de la década del mil setecientos sesenta y durante el reinado de Carlos III de España.

A las primeras reducciones les siguieron, a partir de 1611, las de San Ignacio, Loreto, Itapuá (hoy la ciudad de Posadas). También la que sería un centro de elaboración de instrumentos musicales y luego la cuna de José de San Martín: Yapeyú; y muchas más, arraigadas en los territorios de Río Grande de Brasil, en Paraguay y en las actuales provincias de Misiones y Corrientes en Argentina.

Desde esos bastiones culturales y por espacio de unos ciento cuarenta años, los jesuitas lograron la evangelización y educación de más de trescientos mil indígenas. Se estima que para 1730, en vísperas de su expulsión de América, la “Compañía” llegó a contar con 141.242 indios cristianizados entre los guaraníes, guaycurúes y otras tribus (J.C. Zuretti; op. cit, 1988). Durante ese tiempo habían construido verdaderos centros de difusión, las llamadas “Doctrinas Guaraníes”.

Allí se aprendía toda clase de actividades, desde la agricultura y la ganadería, pasando por la arquitectura de iglesias y edificios cívicos hasta las artes pictóricas, la textilera, la metalurgia y las escultóricas en piedra y madera. Sobre la última y de acuerdo con Guillermo Furlong (1933 y 1936), un verdadero experto en la cuestión jesuítica, la producción artesanal de maestros y alumnos fue de una magnitud tal que llegó a sobrepasar más de dos mil estatuas de piedra y madera. La labor de la Doctrina Guaraní fue intensa; curas e indios construyeron talleres de platería, tornería y arpería. Fabricaron toda clase de instrumentos musicales, hasta órganos de viento, vasos finamente labrados, textiles y obras pictóricas sobre tela y sobre tabla. Realizaron altares, retablos y estatuas en piedra y madera.

Grabaron el cobre, siendo célebres sus viñetas en xilografías y sus campanas. Fueron arquitectos de criptas, columnas, jambas y bóvedas; carpinteros, albañiles e impresores de los primeros libros que circularon por el Río de La Plata.

La Doctrina Guaraní fue un ejemplo de organización del trabajo. Cada taller tenía un director, llamado Hermano Coadjutor y de quien dependían los maestros artesanos, llamados Alcaldes. Estos eran los encargados de las obras y del entrenamiento y supervisión de la tarea de los indígenas. Cada taller fue, esencialmente, una escuela, un crisol donde se forjaron maestros de discípulos indígenas, que luego pasaron a ser artistas de primera línea, la mayoría de ellos anónimos.

Es, además, importante destacar que estas reducciones de la “Compañía de Jesús”, erigidas en medio de las densas florestas amazónicas, fueron freno a las ambiciones portuguesas de expandirse hacia el occidente del Brasil. Por su situación estratégica y por la gran cantidad de naturales con que contaban, debieron soportar la constante agresión de las “malocas”, las terribles incursiones de los “bandeirantes portugueses”, que capturaban indios de las propias reducciones para venderlos como esclavos en las fazendas paulistas.

En esa importancia estratégica, junto a la organización y esplendor alcanzado entre las comunidades indígenas, subyacen los móviles que determinaron, a mediados del siglo XVIII, la expulsión de la “Compañía” del Nuevo Mundo.

La Doctrina Jesuítica había conformado un mundo tan organizado que llegó a competir en importancia con los regímenes coloniales implantados en América por España y Francia.

Luego de su extrañamiento, la selva, el clima y la depredación de las obras del hombre por el propio hombre hicieron lo suyo, sepultando o destruyendo estas muestras artísticas únicas.

Muchas de estas obras no sobrevivieron, especialmente las arquitectónicas y las pinturas sobre tela. Otras pasaron a manos privadas o quedaron en parroquias, hasta que a fines del siglo XIX y por iniciativa de Francisco P. Moreno fueron rescatadas del olvido.

LA DOCTRINA GUARANÍ EN EL MUSEO DE LA PLATA

La colección de arte religioso Jesuítico-Guaraní del Museo de La Plata es fiel exponente de la impronta cultural de la tradición cristiana europea, sobre la imaginería de los aborígenes del litoral mesopotámico de Argentina, Brasil y Paraguay.

El dominio ideológico jesuita es ostensible y se manifiesta en obras donde existen pocas incorporaciones de elementos culturales locales. El artista guaraní es, a la vez, un formidable pero anónimo ejecutor, inhibido en su libertad de expresión. Por esta razón sus propios dioses o sencillamente su iconografía están ausentes en las realizaciones. Queda así conformado un estilo particularmente circunscripto a la fe cristiana, pero característico e irrepetible.

Esta colección ingresó en el Museo de La Plata por una gestión de su director, Francisco P. Moreno, ante el entonces Ministro de Obras Públicas bonaerense Manuel B. Gonnet. El 12 de febrero de 1887 dice Moreno:

"... Mucho interesa conocer los resultados de la enseñanza artística de aquellos misioneros a los indígenas bastante favorecidos por dotes naturales que aún perduran a pesar de su decadencia. Hay allí, entre los bosques de esos parajes, ruinas imponentes, desconocidas por la ciencia y las artes; ellas denotan un estilo especial indígena muy marcado, aún cuando a primera vista parezca jesuítico español; y la conservación de muchos restos transportables que aún quedan, estatuas de madera y piedra, trozos arquitectónicos, altares y piedras sepulcrales, pinturas y libros que es difícil describir, harían honor al Museo "La Plata", que salvaría de una pérdida segura una forma de arte muy digna de ser conocida y que bien estudiada arrojaría luz sobre esa época tan importante y tan debatida de la conquista..."

Figura 22. MPJ-1
"Angeles alados"



Figura 23. MPJ-4
"Angeles alados"

Sin duda Moreno recibió de su interlocutor los medios para esta empresa, a punto tal que, a mediados de ese mismo año, decidió enviar a Misiones al viajero naturalista Adolfo de Bourgoing. Este viajó hasta la localidad paraguaya de Trinidad (fundada por la Orden en 1712), posteriormente a las célebres ruinas misioneras de San Ignacio Miní, Mártires, Santa María Mayor, Concepción del Bermejo, Loreto y Apóstoles.

Su empresa no era fácil porque debía rastrear en territorios poco conocidos el paradero de esas piezas. Sin embargo, la sensibilidad del entonces gobernador de Misiones, el General Rudecindo Roca, protector de varias esculturas, decidió facilitar las cosas y ordenó su donación al Museo de La Plata.



Figura 24. MPJ-3
"Angeles alados"

Una vez más la fortuna favoreció el emprendimiento de Moreno: un puñado de ejemplares fueron transportados al Museo de La Plata. Así se conformó la Colección de Arte Jesuítico-Guaraní, la cual sería exhibida en una sala especial.

Los siete ejemplares que integran esta selección son parte de los 34 reunidos por esa estupenda iniciativa de Francisco P. Moreno. En realidad se trata de dos colecciones con diferente procedencia. Una, compuesta por objetos de piedra, sin localización exacta, que fueron probablemente recogidos en diferentes localidades misioneras.

Otra, integrada por los ejemplares de madera y una campana de bronce, que fueron obtenidos por de Bourgoing en las ruinas de Trinidad.



Figura 25. MPJ-2
"Angeles alados"

Las cuatro figuras de ángeles alados (Fig. 22 a 25) están talladas en madera. Estos ángeles, con sus rostros ingenuos y juveniles, constituyen un tema ornamental muy usual en la iconografía religiosa. Estaban destinados a acompañar a la figura de la virgen, a la cual rodeaban.

Sus volúmenes varían entre 5.400 a 35.840 centímetros cúbicos y su peso entre 2.800 y 13.500 gramos. Llama la atención las distintas realizaciones que poseen, uno de ellos con su cabeza móvil (Fig. 24), otro con las alas apaisadas (Fig. 25) y un tercero con sus alas recoradas (Fig. 23)

Una mención especial merece la campana dedicada a San Sebastián (Fig. 26). El santo, cuya imagen borrosa aún perdura, nos ilustra el acto de su martirio, que consistió en ser atado a un árbol y flechado. Las inscripciones son latinas y castellanas, aparecen en el borde inferior y en el tramo medio de la campana. La primera versa: "*San Sebastián ora pro nobis*". La segunda dice: "*Vnite et pramdele que apponantur vobis*" (venid y comed lo que os den).



Figura 26. MPJ-7
 "Campana de San Sebastián"
 Alto: 18 cm
 Ancho: 15 cm
 Peso: 1.5 kg.
 Material: madera

Concluyen el catálogo dos expresiones ornamentales talladas en madera. Una de ellas (Fig. 27) es un estupendo relieve con anagrama de la Virgen María. Según Miguel Solá pudo formar parte de un conjunto ornamental más amplio, donde no estaría ausente el anagrama de Jesús.



Figura 27. MPJ-6
 Alto: 53 cm
 Ancho: 31cm
 Peso: 6 kg.

El relieve restante (Fig. 28) es un poco más pequeño, el anagrama central está borrado, conservándose los adornos que lo rodean, todos representando motivos vegetales.

Todo el poder creativo de curas e indios, de una tradición religiosa cristiana europea; impuesta, adoptada y recreada por artesanos amerindios. El dominio de una nueva ideología sobre la cultura nativa. Allí, en las selvas subtropicales sudamericanas, halló intérpretes que produjeron realizaciones artísticas originales, por la época, el lugar y el contexto histórico donde su ubican.



Figura 28. MPJ-5
Alto: 40cm
Ancho: 33
Peso: 4kg.

ABORIGINAL ARTISTIC EXPRESSIONS FROM THE LA PLATA MUSEUM

INTRODUCTION

"...The study of the cultural history of a country, our history, Sir, does not begin with the European conquest. Since most distant times of the modern geologic period and probably at the time when the Pampas soil fed the gigantic Quaternary mammals, autochthonous man was already an inhabitant there..."

Francisco Pascasio Moreno's speech to the Governor Carlos Casares on the occasion of the donation of his collections for the founding of the La Plata Museum, November 8th, 1877.

Just like other similar great museums of the world, the La Plata Museum barely exhibits a small fraction -the most outstanding- of the scientific and cultural heritage it harbours. A lot more space than the 6.000 square meters of its twenty two exhibition rooms would be needed to display the enormous biologic, geologic and cultural collections hoarded in its deposits.

A typical example of this situation is the case of the archeological collections of Northwestern Argentina with an estimate of more than twenty five thousand items, of which only two hundred and fifty are on display, i. e, hardly one percent of the invaluable collection.

A similar phenomenon occurs in other areas of the Museum, such as those of paleontology, botany, zoology, geology and ethnology. In a way, this reality is connatural in an institution which, by the hand of its founder, Francisco Pascasio Moreno, was born big and continues to be big after more than one hundred years of life.

In a parallel manner, this Catalogue prepared by the Francisco Pascasio Moreno Foundation is a reduced presentation of the Museum's original Amerindian expressions. It is devoted to specimens pertaining to preColumbian cultures of Northwestern Argentina and to the colonial works of the Jesuitic Guarani Doctrine of the River Plate Basin. Both groups make up a high quality sampler as every item has been carefully selected for its

superlative cultural or artistic value.

In spite of its numerical limitation, this series constitutes a qualified assortment of preHispanic and postHispanic archeological representations which are unique in their elaboration and, obviously, in their unrepeatability singularity of both historical context and period conception. The anonymous artists who shaped them have been swept away along with their century-old cultures.

The scars of their existence are to be found scattered in the Puna Highlands of Argentina, in the dusty bowels of valleys and gorges of the Northwest and in the dense rain forests of mesopotamic littoral of Argentina, Paraguay and Rio Grande (Brazil). What has survived is something that excels the ephemeral levity of human life on earth: their creative work, their material culture, their artistic legacy.

This selection is but a fragmented but significant reflection of past splendors, of other epochs when creative men were the real interpreters. These men were lost in time, but their creations have survived the creators to bear witness to their artistic capacity expressed in wood carving, pottery, metalwork and free-standing sculpture.

PRECOLUMBIAN INDIGENOUS ART OF NORTHWESTERN ARGENTINA A HISTORICAL AND CULTURAL OUTLINE

Northwestern Argentina constitutes a huge geographic region comprising the Andean territories of the provinces of Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja and San Juan. Within this area, there is a unique universe of landscapes and rich histories. It is also the habitat of the most accomplished cultural development and artistic expression ever achieved by preColumbian aborigines.

The cultural history of the region began some ten thousand years before present time, with the installation of the first groups of

hunters and food-collectors who arrived from the North. For more than seven thousand years these peoples lived on the local fauna, flora and other natural resources, roaming nomadically and finding seasonal dwellings in caves and shelters.

Their material culture was basically constituted by stone, bone and wood, tools such as projectile heads, scrapers, knives and grinding pieces. These are the artifacts usually encountered in the archaeological records, but also vegetable fibers and animal hides used for clothing.

Throughout this millenary existence as hunters and collectors in the most varied environments, these peoples were acquiring a certain knowledge of plants, edible fruits and faunal migrations. At first, they only could choose the environments most plentiful in resources, such as middle-height valleys (about 2.000 meters in altitude), lakes and salt-pans of the Puna Altiplano in the Northernmost Argentine corner. Later on, perhaps unconsciously, they began to understand the capabilities of plants and animals, thus initiating a process of selection which eventually led to the phenomenon of domestication, which evolved finally into the development of agriculture and sedentarism. In the area, the earliest evidence of cultivated plants date about 2.000 B.C., i.e. some 3.500 years before the arrival of the Spaniards.

At the dawn of the Christian era, the valleys of Northwestern Argentina were the sites where the earliest indigenous cultures were established, with an agricultural economy and sedentary life. Human groups of no more than a couple hundred persons, organized in tribes and most surely connected by blood bonds, began their lives there in small hamlets built in stone and mud walls. The oldest of these populations, known as Las Cuevas, was discovered in Quebrada del Toro, province of Salta; it has been dated by C14 as the year 535 B.C.

Although they did not scorn the hunting of small mammals, birds and reptiles or the recollection of fruits and seeds, the economy of these groups was essentially productive, based on the cultivation of maize, potatoes, gourds and beans, which made up their main planting out of more than one hundred edible species of the New World. High-altitude cattle-raising was also successfully practised after domestication of Andean camelids, such as llama and alpaca. All these cultural conquests characterized by agriculture and sedentarism appear in Northwestern Argentina some two thousand years before the arrival of Christopher Columbus. This is the historical moment known as the Formative Period of the American

Neolithic which began some 550 years B.C.

From that time on until the middle of the XVI th century, these indigenous societies have attained an outstanding development in all the areas of culture and demographic indexes. There will be changes and expansions of their settlements, complementations of religious ideology and social organization, increases in territories and economic resources, while at the same time the local communities strove and cooperated to improve their living conditions.

All these phenomena -resulting from the inventiveness of the aborigines in the betterment of their life style-, have generated a complex and changing process of cultural development which archeologists have divided into stages and periods (Graph I). At the time when the Spanish captain Diego de Almagro discovered Northwestern Argentina (1535 A.D.), the local population was estimated to be between 300.000 and 500.000 inhabitants. In their majority they had acquired an urban way of life in towns of a few hundred dwellings that could lodge several thousand people.

Lifeless reflections of such cultural activity are the numerous high-quality ruins that have been repeatedly investigated by archeologists. The largest and best known are the ruins of Tastil and Morohuasi in Quebrada del Toro; Rinconada, La Alumbra y Doncellas on the Puna; Tilcara, La Huerta, Yacoraite, Volcán and Los Amarillos in Quebrada de Humahuaca. Also outstanding in the Calchaquí valleys of Salta, Tucumán and Catamarca are the localities of La Playa, El Churcal, Quilmes, Tolombón, Fuerte Quemado, Rincón Chico, Shiquimil, Jujuil, Famabalasto and La Calera. Farther south, in the Hualfín Valley of Catamarca, stand the ruins of Asapay, Pozo Verde and Corral Quemado.

Some of the afore-mentioned villages were genuine regional "capitals": human conglomerates socially structured into "cacicazgos" or "chieftainships", whose ruling lords, the caciques, transmitted their commands from one generation to the other through blood relationships. They were therefore societies organized on lineage or privileged kinship groups surrounding the figure of the cacique. There were also specialized craftsmen and priests or shamans in charge of the religious cult. All this is shown by the iconography of decorative designs and the particular refinement in the techniques of pottery elaboration; by the textiles with vegetable or animal fibers; by the metallurgy in gold, silver and bronze; by the basketry and the sculptured pieces in stone or wood.

It is highly probable that the base of the social pyramid of aboriginal communities was made up of an important volume of active

population in charge of the agricultural chores and the shepherding of llamas and alpacas as well as of the transport of goods and resources from production sites to consuming centers. There were also artisans in charge of artifact elaborations and other “technicians” whose duty was to build hydraulic works -canals and dams-, and construct defense garrisons -as the legendary Pucarás, examples of military architecture- or terraced agricultural fields by leveling the Andean roughness.

To this domain also belong a vast number of architectural constructions for public use -squares, streets, sanctuaries, cemeteries- or for private living -habitational residences. The abundant evidences rescued by archeologists constitute a rational basis that permits us to amply recompose the local panorama previous to the European invasion of the XVI th century.

The Spanish Crown had to face serious problems in the conquest of these populations. For some 120 years, Northwestern Argentina was the stage of wars and revolts, even though the final outcome was foreseeable on account of the greater military power of the conquerors -horses, firearms and a superior martial organization-, all of which turned the scales in favour of the invaders and severed the native cultural tradition.

Apart from these difficulties, the European civilization had endless inconveniences in adjusting its horizontal or steppe life to the American Mountain landscape. Within the European geography, the largest human concentrations were located in harbour cities, built either on sea shores (Barcelona, Rome, Naples, Marseille, Venice, Genoa in the Mediterranean) or on river banks, such as those of the Thames (London), Guadalquivir (Seville), Danube (Vienna) or Seine (Paris).

For over a century, the Spaniards attempted to adapt themselves to the altitudes of the Cordillera or the Guatemalan and Mexican plateaus, more on the strength of arms than on persuasion. In most cases, the only results were the destruction of pre-existing capitals, such as the Aztec Tenochtitlan or Inka Cuzco, to cite only two of the more notorious cases.

At that time, many of the old indigenous settlements of Northwestern Argentina, built centuries earlier in the Andean roughness, became depopulated and their inhabitants resettled in lower lands where the Spanish Court had prescribed the founding of cities.

It is obvious that in Renaissance Europe there was no room for mountain life. Its main chains -the Alps, the Apennines or the

Cantabrian Pyrenees- were mostly unpopulated worlds. a marginal barrenness with a few groups of mountain shepherds.

This is why adaptation to the landscape of the New World was so difficult. Something similar happened with their main domestic animals (equines and bovids) and cultivated plants (wheat, oats), which required a period of adaptation to the American heights.

There are therefore two great stages in the cultural history of the New World: before and after the European intrusion. Of the two, we are here interested in the former, characterized in Northwestern Argentina by native peoples with urban life. These peoples acted in accordance with their social and political codes, cooperated to undertake communal tasks (called “minga” in the Quechuan language) and organized commercial routes to insure the exchange of products in times of peace, roads that were travelled by caravans connecting villages separated by hundreds of kilometers, from the Eastern forests of the Gran Chaco Gualamba to the Pacific Ocean.

These were peoples in search of peaceful relationships among themselves, very often through intertribal alliances cemented in cross-marriages. Or, as in other parts of the world, they made war in case of disputes over new territories or natural resources, if not by quarrels originated in social or religious differences.

In short, the aboriginal communities were the natural owners of valleys, ravines, rivers, salt-flats and lakes, besides woods, pasture lands and cultivated lands of the Andes. The Spanish Crown did not know that these territories were as densely populated as the provinces of Castile, Andalucia or Extremadura at the time of the Catholic Kings.

GEOGRAPHIC SETTING, CHRONOLOGY AND CULTURE

The cultural panorama referred to so far is the one that prevailed in the valleys and gorges of the ranges of Northwestern Argentina, in territories considered to be the real “meccas” of South American archeology. Amongst others, are worthy of mention the oases of Casabindo, Doncellas, San Juan Mayo, Antofagasta de la Sierra and Laguna Blanca in the Puna Altiplano of Jujuy, Salta and Catamarca.

Other favourable sites were the high “quebradas” of Humahuaca, El Toro, Santa Victoria, Iruya and Vallegrande in the eastern sector of Salta and Jujuy, as well as the renowned places in the Calchaqui Valleys (Yocavil, Calchaqui, Lerma y del Cajón), the

intermountainous bolsones of Pípanaco, Ambato, Hualfín, Abaucán Famatina, Vinchina and Jachal in Catamarca, La Rioja and San Juan. With lesser development are the localities of La Rioja Plains and the western border of the provinces of Chaco and Santiago del Estero.

In the historical literature of the colonial epoch -collected and written by the early priests, soldiers and Crown officials that settled in Argentine territory-, the names of "Atacameños", "Omaguacas", "Pulares", "Calchaquíes" and "Diaguitas" are often mentioned. These are some of the main indigenous nations found by the European invaders and conquerors in the middle XVI th century. Their names mentioned in the reports of European chroniclers converted them into the great actors of the aboriginal reality: they are the latest autochthonous cultural expressions which, in turn, had been implanted on earlier cultures whose names have been lost, but not their material remains and their ruins. It is therefore the task of the archeological sciences to study and rescue them from oblivion.

Either of these peoples -known or unknown, earlier to or coetaneous with Columbus days-, once they are studied and rearranged by history or archeology, constitute the real preHispanic tradition. These societies were the craftsmen of works of singular artistic beauty, notable for their conception and expressive language.

This catalogue presents the faithful replicas of a selected sample, a mere handful, of unique pieces made in stone, metal, pottery and wood, pieces that can be arranged in space by the geography of the finds or in time by the period to which they are ascribed to or by their style.

Chart I shows a succinct chronological sequence, with reference to places, cultures and styles, divided into periods: PreCeramic or Paleoindian (6.000 B.C.), Lower Formative or Early (550 B.C.), Upper Formative or Late (500 A.D.), Regional Development (900 A.D.), Inka or Imperial (1535 A.D.) and Colonial (1660 A.D.).

LAPIDARY ART

Stone carving techniques appeared early in Northwestern Argentina. The first pieces are from the Lower Formative Period and they attain an important development at the end of this Period and in the beginning of the next one. That means a protracted time from approximately the IV to the VII centuries of the Christian era. The cultural entities responsible for these expressions are those of La Ciénaga, Condorhuasi, El Alamito and La Aguada or Draconian.

In sculptures in the round, also called free-standing or exempt (A. González, 1977), the most complex and qualified expression of preColumbian lapidary art are the famous stone "supplicants". The denomination has come to us from the popular usage, since the original name has been lost for more than one thousand five hundred years.

Figure 1 depicts the most refined and abstract elaboration in all preColumbian sculpture; the carving artist belongs undoubtedly to the El Alamito culture, that is to say at the end of the Lower Formative Period.

The sculpture, human in character but with some zoomorphic elements, has such a level of abstraction, such handling of the hollow spaces within the body volume -hardly insinuated- and such symmetry that it attains a superlative quality within the indigenous sculptural art.

What is surprising is the creative capability of the native artist who carved it. His imagination fashioned a masterpiece, partly unreal, almost fantastic, of the body and limbs, combined with a more realistic synthesis of the anatomical features which he wanted to stress, such as the gesture of the gaping mouth, the bulging eyes looking upwards in a ceremonial attitude -perhaps of amazement-, a narrow nose resembling a beak and the representation of its maleness, clearly carved between the legs that connect head and girdle.

We know little of the symbolism concealed in this bewitching specimen, though we cannot go astray in searching - in this and remaining examples here reproduced -for an explanation based on magic-religious aspects of life in its own cultural context.

Figure 2 is another example of "supplicant" which belongs to the Moreno Collection and has no data on where it was found, but the style is that of the El Alamito culture of the Lower Formative Period. It represents a female figure in state of pregnancy. Again, the face is schematized, with bulging eyes and protruding nose, in a strange combination of human and zoomorphic elements. The body has been shaped by gentle curves enclosing hollow spaces. The upper limbs, the bulky pregnant belly and the legs have been emphasized. The legs provide a base for the statuette and are the only elements that break the curvilinear harmony of the specimen.

Figure 3, another "supplicant", has a face that is broadly similar to the former two, but the remainder of it presents striking differences. The narrow body devoid of ventral swelling may perhaps be an indication that it is a male character. Upper and lower limbs have straighter angles at the bendings, a change in relation to the fem-

nine models. The height is 32 centimeters.

The specimen reproduced as Figure 5 is another anthropomorphic representation approaching the general conception of the “suppliants”.

The supplicant series ends with a statuette (Figure 6) found in the last century at Andalgalá, Catamarca. Although less stylized than the other “suppliants”, the general features are recognizable. Its main peculiarity is a face that clearly resembles that of a bird.

Other specimens of exceptional style belonging to the same period are the stone masks, like the one reproduced in Figure 7. It is an expressive anthropomorphic visage -perhaps a mortuary mask- with several radial orifices for hanging up. The workmanship is admirable: the facial features are reduced to a prominent nose and two eyebrows. The forehead is receding, the eyes are circular and the mouth is half-open.

The examples of Figures 9 and 10 are motifs of a zoomorphic character. The first one is an amphibian and the other is a smoking pipe with the image of an armadillo or “quirquincho”, having a small receptacle in the ventral area.

The vase represented in Figure 11 is a magnificent “kero”, a cylindrically shaped receptacle. On it can be seen the image of a tiger or “yaguareté” with its spotted coat and open jaws. On the opposite side a geometric ensemble of triangular-headed snakes is figured. On the whole, the vase represents the most classical zoomorphic motifs of the Amerindian iconography.

The small stone sculpture of Figure 12 is a work that combines human and zoomorphic features.

The specimens in Figures 13 and 14 are two receptacles / mortars. Figure 13 shows on its side the image of an open-jawed feline. On the opposite edge there is an anthropomorphic face designed geometrically.

The remaining piece is another mortar / receptacle with an anthropomorphic image on one side.

Another exceptional example of lapidary art is that of Figure 15: a receptacle or mortar with two images carved at the ends. One is feline, the opposite one is human / feline. Open jaws are typical and a human visage is represented on the upper part of the larger vessel. The four supporting legs have zoomorphic characteristics.

METALLURGY

The indigenous peoples of Northwestern Argentina possessed a

rich cultural tradition on the techniques for manufacturing artifacts in precious and semiprecious metals. This tradition was widespread over a huge part of the Andean region, from Lake Titicaca down to Araucania and northern Patagonia.

The first metal implements appear in the Formative Period, just before the Christian era; made in copper, gold and galena, they were mostly body ornaments, such as small rings, bracelets and mirrors. Some of the commonest items are small circular, triangular or oval plates (the so-called *caijlles*) that were connected to religious symbolism. They were worked in cold by hammering, from metals in their natural state.

By the middle of the V century A.D. a great innovation in metallurgical techniques occurs: the alloying of copper with tin or arsenic aimed at producing bronze artifacts by foundry.

The foundry processes were essentially two. One consisted in claymolds in pairs (bivalves), in which the negative of the piece that was to be manufactured was shaped. The molten metal was poured into the interior of the mold, thus producing a positive *impronta* of the piece.

The other technique was that of “*cire perdue*”, requiring a wax model that was enclosed between two clay plates and then molten metal was poured inside.

By the middle of the X century A.D., during the Regional Developments Period, bronze metallurgy had attained a great development. The artifacts more frequently manufactured were bells, hatchets, circular or oval disks with human faces or bodies and zoomorphic designs. There were also “*vinchas*” or tiaras, knives (*tumis*), depilation tweezers, tensors and a number of body ornaments which were basically used in religious ceremonies. In this case, the symbolic personages more often represented were the solar or celestial gods, Viracocha and Punchao.

The circular disk of Figure 16 belongs certainly to that period. It probably represents a human personage that has been executed by chopping off his head.

Figure 17 is the reproduction of a magnificent hatchet-ensign (“*toki*”), decorated on both sides with an iconography related once again to ritualistic elements. In the upper part there are human faces that may represent a cut-off head; on one side there is the fantastic figure of an open-jawed tiger. The handle is decorated with geometric designs and a suspension hole at its lower end, through which the hatchet was hung. Judging by the style it can be placed in the Regional Developments Period.

With the Inka invasion and conquest of Northwestern Argentina (1470-1535), most of the bronze artifacts and ornaments ceased to be used as ritualistic elements and became war weapons. The Tawantinsuyu Empire introduced weapons forged with metal alloys. This is the origin of hatchets with handles, macanas or clubs, knives, star-shaped maces and T-shaped hatchets.

POTTERY

By its universal character, archeological pottery has been the most used indicator for culturally identifying and classifying peoples with no writing. The larger part of scientific research on prehistoric populations is fundamentally based on the study of archeological ceramics.

The American continent has a share in this situation principally because indigenous potteries are spread over most of its territory. Their presence begins at least some three thousand years before the Christian era and has survived through colonial times into the present.

Northwestern Argentina pottery appears some time after the development of textiles and basketry -both already present in the Preceramic or Paleoindian Period (Graph I)-. Its appearance in archeological records occurs in the V or VI century A.D. and characterizes a new period in the history of indigenous culture, the so-called Formative or Early.

Out of the almost infinite variety of archeological pieces of pottery harboured in the collections of the Museum, we have selected a small group of human figuline vases, called choraplastic, belonging to the Lafone Quevedo Collection.

In Figures 18, 19 and 20 a clearly defined style is evident: representation of the whole figure with a remarkable plastic conception. There is a patent recurrence of slit eyes, united brows with a slight curvature and half-open mouth showing teeth in two specimens or barely insinuating them in the third.

Clearly human, the images may be standing or kneeling down; arms akimbo or lying on the chest, with hands merely insinuated. Facial ornaments are present in the form of rhythmic broken lines -tears?- radiating from the eyes. Headgears and coiffures as well as perforated ears are common. One figure has remains of red paint on the body.

It is difficult to establish the meaning of these enigmatic figulines. They may have been used as amulets by shamans who were

supposed to rid sick bodies of all pains, as can be witnessed nowadays in the rites of ethnographic peoples. Or perhaps they were employed in propitiatory cults for soil fertility.

The majority of these varied and excellent figuline vases correspond to the La Aguada culture of the valleys of La Rioja and Catamarca, from the end of the Lower Formative Period to the Upper Formative Period.

THE JESUITIC-GUARANI WORLD: A MEETING OF TWO CULTURES

In 1540 Pope Paul IV approved a new religious order, the "Society of Jesus". By this act, a doctrine founded six years earlier by Ignacio de Loyola acquired official status. Nine years later the Jesuits began their missionary work in Portugal, South Africa, Brazil and Florida (USA), by then dominated by French Huguenots.

The arrival in Perú of the first missionaries of the "Society" took place in 1567 and thence they soon radiated northwards into the territories of what are now Ecuador and Colombia. Southwards, they entered into Bolivia, Argentina and Chile. Another current reached the Mexican Central Plateau in 1572 and, shortly later, moved up to Sonora, Sinaloa and Lower California (J.C. Zuretti, 1988).

Their arrival in the Argentine territory occurred in the 1580s. The first arrivals, from Potosí in 1585, were the clergymen Francisco Angulo, Juan Villegas and Alonso de Barzana or Bárcena. The latter was the chaplain of Ramírez de Velasco's troops in the campaigns against the Calchaquí Indians in 1588, so that he gathered firsthand information of the area and its inhabitants.

Barzana was a polyglot who mastered Keshua, Aymará, Tonocoté, Sanavirón and Cacán (the last three tongues correspond to partialities of Northwestern Argentina). To his pen we owe a famous letter written in 1594, right after the end of his missionary work in Old Tucumán, where he described his experiences with the Pulares, Calchaquí and Diaguita Indians. He also wrote two linguistic books on the arts and vocabulary of the Tonocoté and Cacán.

Alongside with other Orders, the Society of Jesus began the evangelization of the Indians of ancient Tucumán. Among other regions they explored the Calchaquí Valley and settled there (Yocavil, Lerma and Calchaquí). By that time, the region had witnessed several unsuccessful Spanish foundings of villages and at least one indigenous revolt headed by the cacique Juan Calchaquí. Several missions between San Carlos and Santa María Jocabil were set fire to and many missionaries were killed (1580 to 1660).

This period also eyewitnessed the battles of the two “Diaguita” risings that took place in the 1650s. These military events and the spells of peace inbetween have been objectively recorded by the missionaries in their renowned “Annual Letters of the Society of Jesus”, where they present firsthand historical and ethnographic evidence of the Northwestern indigenous reality.

To the Jesuits we also owe the first regional maps prepared at the beginning of the XVI century, among them those of the Padres Diego de Torres (1609) and Luis Enot (1622), which show the geographic accidents of the River Plate, Tucumán and Paraguay. In them, hundreds of indigenous partialities are clearly located, so that the maps have a superlative historic and geographic value.

The arrival of the Jesuits in Paraguay, Brazil and Northwestern Argentina took place with posteriority to that of the Franciscans in 1574. According to the Adelantado Hernandarias, the indigenous reductions were programmed by Provincial Diego de Torres in three different regions:

1. The Guaraní territories of Paraná.
2. The banks of the Río Pilcomayo near Asunción, deep in the Guaycurú territory.
3. The El Guayrá zone of Northwestern Paraguay.

The last one was the first Jesuitic establishment in a region where they were to become the exclusive rulers. This dominion lasted until their expulsion from America in the 1760s, during the reign of Charles III of Spain.

The first reductions were followed, from 1611 onwards, by those of San Ignacio, Loreto, Itapuá (nowadays the city of Posadas). There was also Yapeyú, that was to become not only the cradle of José de San Martín but a production center of musical instruments. And many others were located in the territory of Río Grande (Brazil), in Paraguay and in the present Argentine provinces of Misiones and Corrientes.

From these cultural strongholds, for over one hundred and forty years, the Jesuits carried out the evangelization and education of more than three hundred thousand aborigines. It has been estimated that by 1730, shortly before their expulsion, the “Society” had more than 141.242 christened Indians belonging to the Guaraní, Guaycurú and other tribes (J.C. Zuretti; op. cit., 1988). In this period they had created real centers of diffusion, the so-called “Guaraní Doctrines”.

There, all kinds of activities were taught: agriculture, cattle-raising, metallurgy and sculpturing in wood and stone. Of the latter,

according to an inventory made by Guillermo Furlong (1933, 1936), the maximum authority on Jesuitic Doctrines, the total production of teachers and pupils was of such magnitude that it surpassed more than two thousand pieces. The activity of the Guaraní Doctrines was therefore very intense; priests and Indians built, amongst other, workshops for silversmiths, turners and harp-makers. But they also manufactured all kinds of musical instruments -even pipe organs-, finely carved vases, textiles and paintings on canvas or wood. They built altars, prepared altar-pieces, forged bells and engraved notable designs on copper or wood. They were architects and masons who constructed cripts, vaults, columns and jambs, but at the same time printed the first books to circulate in the Río de la Plata.

The Jesuit Doctrine was an example of labour organization. Each workshop had a director, called Coadjutor Brother, who commanded the teachers, called Alcaldes. These were responsible of the training and supervision of both the products and the indigenous labour. Essentially, every workshop was a school, a crucible where the aboriginal apprentices became teachers that eventually evolved into first class artists, most of them anonymous.

It is also important to mention that the reductions of the “Society of Jesus”, built in the thick of Amazonian jungles, were a check to the expansive ambitions of the Portuguese towards western Brazil. Due to their strategical situation and the huge number of their natives, they had to endure the constant aggression of “malocas”, the terrifying incursions of “bandeirantes” who captured the reduced Indians for sale in the Paulist slave market. This strategical importance as well as the organization and splendor reached by the indigenous communities, is the underlying determinative motive for the expulsion of the Society from the New World in the middle of the XVIII century.

The Jesuitic Doctrine had succeeded in creating an organized world capable of competing in importance with the colonial regimes established in America by Spain and France.

After the expulsion, jungle, climate and human depredation of what remained worked together in destroying or burying these unique artistic masterpieces.

Many have disappeared, particularly architectonic buildings and paintings on canvas. Others went to private hands or remained in churches until, towards the end of the XIX century, they were rescued from oblivion by the initiative of Francisco P. Moreno.

THE GUARANNI DOCTRINE IN THE LA PLATA MUSEUM

The Jesuitic-Guaraní collection of religious art at the La Plata Museum is a faithful exponent of the cultural impronta of the Christian European tradition upon the imagery of aborigines of the Mesopotamic littoral of Argentina, Brazil and Paraguay.

The Jesuitic ideological prevalence is very evident through its presence in pieces where the local cultural elements are represented. The Guaraní artist is an excellent but anonymous executor inhibited in his freedom of expression, so much so that his own gods and even his iconography are absent from his works. In consequence, his style is specifically confined to the Christian faith, even though it is a style which is characteristic and unique.

The collection was incorporated to the Museum as a result of the request made by the Founder, Francisco P. Moreno, to the Minister of Public Works, Manuel B. Gonnet. On February 12 th, 1887, Moreno wrote: "...It is of the greatest interest to appreciate the results of the artistic teaching of the missionaries to the aborigines who were endowed with natural gifts that survive in spite of their decadence. There stand, in those forests, impressive ruins unknown to science and art; they show a well-marked and special indigenous style, even though, at first sight, they may seem of a Spanish Jesuitic style; and the conservation here of many of the still existant transportable remains, such as wood and stone statues, architectonical fragments, altars and sepulchral slabs, paintings and books of various kinds would be an honour for the La Plata Museum, which would thus save from a certain loss a form of art worthy of being well known and whose study would illuminate an important and much debated epoch of the conquest..."

Undoubtedly, Moreno obtained from the Minister the necessary funds for the enterprise, for by middle 1887 he sent Adolfo de Bourgoing, a travelling naturalist, to the Paraguayan locality of Trinidad (founded by the Order in 1712) and thence to the famous Misiones ruins of San Ignacio Miní, Apóstoles, Santa María Mayor, Concepción del Bermejo, Mártires, Loreto.

The exploration was far from easy because de Bourgoing had to search the whereabouts of art pieces in an unknown territory. Thanks to the understanding of the Misiones Governor, general Rudecindo Roca, a protector of sculptures, who arranged things and ordered their donation, the pieces were finally shipped.

Once again fortune was on the side of Moreno's undertaking: a

handful of specimens were transported to the Museum to constitute the Collection of Jesuitic-Guaraní Art that was to be displayed in a special room.

The seven specimens in this selection are a part of the 34 assembled by Francisco P. Moreno's wonderful initiative. Actually, they come from two collections of different provenance. One, made up of stone objects devoid of precise location, has been gathered in various places of Misiones. Another, consisting of wooden pieces and bronze bells, was collected by de Bourgoing at the Trinity ruins.

The four images of winged angels (Figs. 21 to 24) are carved in wood. The angels, with naive juvenile faces, are an ornamental motif which is much used in religious iconography. They were to accompany and surround the image of the Virgin.

Their volumes vary between 5.400 and 35.840 cubic centimeters and they weigh from 2.800 to 13.500 grams. Their execution is very singular: one with a movable head (Fig. 21), another with rectangular wings (Fig. 22) and a third with clipped wings (Fig. 23).

A special mention has to be made of the bell devoted to San Sebastián (Fig. 25). The saint, a hardly visible blurred image, illustrates the nature of his martyrdom, tied to a tree and pierced by arrows. The inscriptions, on the lower edge and the center of the bell body, are in Latin and Spanish. The first one says "San Sebastian ora pro nobis", and the other reads "Vnite et pramdele que apponantur vobis" (come and eat what is given to you).

The catalogue ends with two ornamental carvings in wood. One (Fig. 26) is a magnificent relief and anagram of the Virgin Mary. According to Sola (op. cit., 1946) it might have been a part of a larger ornamental ensemble, in which the Jesus anagram is present.

The remaining relief (Fig. 27), is smaller and the central anagram is effaced, so that only the surrounding elements representing plant motifs are preserved.

All the creative power of priests and Indians is here represented as a part of a Christian European tradition imposed upon Amerindian artisans who adapted and recreated it. It shows the prevalence of a new ideology on the native culture. Here, in the SouthAmerican subtropical jungles, it encountered interpreters able to produce artistic creations of great originality, either by the epoch, the place or the historical context in which they belong.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

- BARBA, Enrique** 1977- *"La Fundación del Museo y el ambiente científico de la época."* Obra del Centenario del Museo de La Plata. I. La Plata.
- FURLONG C., Guillermo** 1933- *"Los Jesuitas y la Cultura Rioplatense"*. Montevideo.
1936- *"Cartografía Jesuítica del Río de La Plata"*. Ed. Peuser. Buenos Aires.
- GONZALEZ, A. R.** 1977- *"Arte precolombino en la Argentina, Introducción a su Historia Cultural"*. Ed. Valero, Buenos Aires.
1992- *"Las placas metálicas de los Andes del Sur"*. Verlag Philipp Von Zabern. Mainz Am Rhein. Alemania.
- QUIROGA, A.** 1992- *"Calchaqui"*. Ed. TEA. Buenos Aires.
- RAFFINO, Rodolfo** 1988- *"Poblaciones indígenas en Argentina, Urbanismo y Proceso Social Precolombino"*. Ed. TEA (Sda. Ed. 1992). Buenos Aires.
1982- *"Los inkas del Kollasuyu"*. Ramos Americana, Ed. La Plata.
- SOLA, Miguel** 1946- *"Las Misiones Jesuíticas"*. Documentos de Arte Argentino. Acad. Nac. Bellas Artes. XIV. Buenos Aires.
- TERUGGI, Mario** 1988- *"Museo de La Plata, 1888-1988, Una Centuria de honra"*. Fundación Museo de La Plata. La Plata.
- ZURETTI, Juan C.** 1988- *"Las misiones y las formas de evangelización"*. En América y España, encuentro de dos mundos. Ed. Estrada. Buenos Aires.

INDICE GENERAL

3

AGRADECIMIENTO

5

INTRODUCCIÓN

7 ARTE INDÍGENA PRECOLOMBINO DEL NOROESTE ARGENTINO

8

ARTE INDÍGENA PRECOLOMBINO DEL NORESTE DE ARGENTINA:
RESEÑA HISTÓRICA Y CULTURAL

12

MARCO GEOGRÁFICO, CRONOLOGÍA Y CULTURA

14

EL ARTE LAPIDARIO

18

METALURGIA

20

ALFARERÍA

23 EL MUNDO JESUÍTICO-GUARANÍ

24

EL MUNDO JESUÍTICO-GUARANÍ. EL ENCUENTRO DE DOS CULTURAS

26

LA DOCTRINA GUARANÍ EN EL MUSEO DE LA PLATA

30

ABORIGINAL ARTISTIC EXPRESSIONS FROM THE LA PLATA MUSEUM

39

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Fundación Museo de La Plata "Francisco Pascasio Moreno"

Fue creada para apoyar la acción cultural y de investigación del Museo. Lleva el nombre del Perito Francisco Pascasio Moreno como homenaje al eminente hombre público y científico argentino que fuera fundador y primer director del Museo. La Fundación se inició sus actividades en 1987. Desde 1993 publica periódicamente la Revista Museo. Con las "Expresiones artísticas indígenas del Museo de Ciencias de La Plata" del Dr. Rodolfo Raffino, se inicia una serie de publicaciones para la divulgación de los aspectos más importantes de sus colecciones. La Fundación del Museo "Francisco Pascasio Moreno" se constituyó el 2 de abril de 1987 y obtuvo su personería jurídica el 17 de noviembre del mismo año.




**AEROLINEAS
ARGENTINAS**